

# HERMANOS, MIREN LA HUMILDAD DE DIOS

## *La Eucaristía en los escritos y en la vida de san Francisco de Asís* (SEGUNDA PARTE)

FR. NOEL MUSCAT, OFM<sup>1</sup>

### *1.4 Primera y Segunda carta a los fieles*

La primera versión de la *carta a todos los fieles*, es también conocida como “Exhortación a los hermanos y hermanas de la penitencia”. Este texto tiene una breve referencia a la devoción Eucarística, en el versículo 3: “¡En el nombre del Señor! Todos aquellos que aman al Señor con todo el corazón con toda el alma y la mente y con todas sus fuerzas (cf. Mc 12,30), y a sus prójimos como a sí mismos (cf. Mt 22,39); y aborrecen sus Cuerpos con sus vicios y pecados; y reciben el Cuerpo y la Sangre de nuestro Señor Jesucristo; y hacen frutos dignos de penitencia” (1EpFid 1-4).

Dado que esta carta habla de aquellos que hacen penitencia, la invitación a recibir la eucaristía puede ser considerada como parte de una vida de conversión, tal y como lo practicaban los movimientos penitenciales medievales, muchos de los cuales, terminaron orientándose hacia la forma de vida evangélica de Francisco y su grupo. De hecho, la misma insistencia sobre la recepción del sacramento de Penitencia y de la Eucaristía la encontramos en la segunda versión de la *Carta a los fieles*:

“Este Verbo del Padre, tan digno, tan santo y glorioso, anunciándolo el santo ángel Gabriel, fue enviado por el mismo altísimo Padre desde el cielo al seno de la santa y gloriosa Virgen María, y en él recibió la carne verdadera de nuestra humanidad y fragilidad. Y, siendo Él sobremanera rico (2Cor 8,9), quiso, junto con la bienaventurada Virgen, su Madre, escoger en el mundo la pobreza. Y poco antes de la pasión celebró la Pascua con sus discípulos, y, tomando el pan, dio las gracias, pronunció la bendición y lo partió, diciendo: *Tomad y comed, esto es mi*

---

<sup>1</sup> FR. NOEL MUSCAT es Secretario para la Formación y los Estudios y Profesor de espiritualidad franciscana de la Custodia de la Tierra Santa. Traducción realizada por FR. GUILLERMO LANCASTER JONES C., OFM., del original titulado: «*Brothers, look at the humility of God*». *The Eucharist in the writings and the life of saint Francis of Assisi*.

*Cuerpo* (Mt 26,26). Y, tomando el cáliz, dijo: Esta es mi Sangre del Nuevo Testamento, que será derramada por vosotros y por todos para el perdón de los pecados (Mt 26,27). A continuación oró al Padre, diciendo: Padre, si es posible, que pase de mí este cáliz. *Y sudó como gruesas gotas de Sangre que corrían hasta la tierra* (Lc 22,44). Puso, sin embargo, su voluntad en la voluntad del Padre, diciendo: *Padre, hágase tu voluntad* (Mt 26,42); *no se haga como yo quiero, sino como quieres tú* (Mt 26,39). Y la voluntad de su Padre fue que su bendito y glorioso Hijo, a quien nos dio para nosotros y que nació por nuestro bien, se ofreciese a sí mismo como sacrificio y hostia, por medio de su propia Sangre, en el altar de la cruz; no para sí mismo, por quien todo fue hecho (cf. Jn 1,3), sino por nuestros pecados, dejándonos ejemplo para que sigamos sus huellas (cf. 1Pe 2,21). Y quiere que todos seamos salvos por Él y que lo recibamos con un corazón puro y con nuestro Cuerpo casto. Pero son pocos los que quieren recibirlo y ser salvos por Él, aunque *su yugo es suave, y su carga ligera* (cf. Mt 11,30)” (2EpFid 4-15).

En esta sección Francisco habla acerca de la Eucaristía dentro del contexto de la historia de la salvación, y de forma particular, desde el ámbito del misterio de la Encarnación. El Papa Juan Pablo II habla de forma similar en su carta encíclica sobre la Eucaristía: “En cierto sentido, María ha practicado su fe eucarística antes incluso de que ésta fuera instituida, por el hecho mismo de haber ofrecido su seno virginal para la encarnación del Verbo de Dios. La Eucaristía, mientras remite a la pasión y la resurrección, está al mismo tiempo en continuidad con la Encarnación. María concibió en la anunciación al Hijo divino, incluso en la realidad física de su Cuerpo y su Sangre, anticipando en sí lo que en cierta medida se realiza sacramentalmente en todo creyente que recibe, en las especies del pan y del vino, el Cuerpo y la Sangre del Señor”<sup>2</sup>.

Para reforzar la analogía de fe entre el misterio de la Encarnación que se realiza en el seno de la Virgen María y el misterio de la Eucaristía que se celebra en el seno de la Iglesia, el Papa parece inspirarse del texto que Francisco escribió en la segunda versión de la *Carta a los fieles*. El Papa escribe: “Hay, pues, una *analogía profunda* entre el *fiat* pronunciado por María a las palabras del Ángel y el *amén* que cada fiel pronuncia cuando recibe el Cuerpo del Señor. A María se le pidió creer que quien concibió “por obra del Espíritu Santo” era el “Hijo de Dios” (cf. Lc 1,30.35). En continuidad con la fe de la Virgen, en el misterio eucarístico se nos pide

---

<sup>2</sup> JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucharistia*, 55.

creer que el mismo Jesús, Hijo de Dios e Hijo de María, se hace presente con todo su ser humano-divino en las especies del pan y del vino”<sup>3</sup>.

Otro texto de la segunda versión de la carta a los fieles refleja lo que ya hemos visto en la primera versión de la misma carta, que nos habla del vínculo entre la conversión, y los sacramentos de la Penitencia y la Eucaristía. En este caso, Francisco es más explícito, cuando parece indicar que recibir el sacramento de la Penitencia es condición indispensable para la digna recepción del sacramento de la Eucaristía. No podemos, sin embargo, hacer una lectura desde la perspectiva judicial que posteriormente se desarrollará como disciplina de la Iglesia, particularmente después del Concilio de Trento. Quizás Francisco está pensando más en una disposición interior de recibir a Cristo, presente en la Eucaristía, de una manera digna, en el espíritu de una verdadera conversión y en el compromiso de una vida penitencial expresada en la práctica del sacramento de la Penitencia: “Debemos también confesar todos nuestros pecados al sacerdote; y recibamos de él el Cuerpo y la Sangre de nuestro Señor Jesucristo. Quien no come su Carne y no bebe su Sangre (cf. Jn 6,55.57), *no puede entrar en el reino de Dios* (Jn 3,5). Pero cómalo y bébalo dignamente, porque quien lo recibe *indignamente, come y bebe su propia sentencia no reconociendo el Cuerpo del Señor* (1Cor 11,29), es decir, sin discernirlo” (2EpFid 22-24).

Es evidente que el don del discernimiento y de la recepción del Cuerpo y de la Sangre del Señor, están ligados al ministerio de los sacerdotes: “Y a nadie de nosotros quepa la menor duda de que ninguno puede ser salvado sino por las santas Palabras y la Sangre de nuestro Señor Jesucristo, que los clérigos pronuncian, proclaman y administran. Y sólo ellos deben administrarlos y no otros” (2EpFid 34-35).

Francisco acentúa la importancia del ministerio de los sacerdotes en la administración de los sacramentos, aparentemente debido a las visiones erróneas de los herejes, que intentaban hacer a un lado el aspecto sacerdotal, especialmente si el ministerio era ejercido por personas moralmente indignas. Veremos cómo Francisco reacciona con fuerza contra esta visión que une la eficacia del sacramento a la disposición moral de la persona que celebra la acción litúrgica.

---

<sup>3</sup> JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucharistia*, 55.

### 1.5 *Carta a las autoridades de los pueblos*

Una referencia interesante a esta carta dirigida a “todos los podestás y cónsules, jueces y regidores, en cualquier parte de la tierra” (EpAut 1), tiene que ver con la recepción de la Eucaristía como parte de la labor de todo cristiano que ejerce autoridad y que tiene que ser ejemplo para su pueblo.

Es interesante leer esas palabras de Francisco desde el contexto de la *christianitas* medieval, donde las obligaciones de la vida cristiana y civil, no se distinguían: “Por ello, os aconsejo encarecidamente, señores míos, que, posponiendo toda preocupación y cuidado, hagáis penitencia verdadera y recibáis con grande humildad, en santa recordación suya, el santísimo Cuerpo y la santísima Sangre de nuestro Señor Jesucristo. Y tributad al Señor tanto honor en el pueblo a vosotros encomendado, que todas las tardes, por medio de pregonero u otra señal, se anuncie que el pueblo entero rinda alabanzas y acciones de gracias al Señor Dios Omnipotente” (EpAut 6-7).

### 1.6 *La Regla no bulada*

El capítulo XX de la *Regla no bulada* (1221), tiene un capítulo titulado “La penitencia y la recepción del Cuerpo y Sangre de nuestro Señor Jesucristo”. El hecho de que este capítulo ya no lo encontremos en la *Regla bulada* de 1223, parece ser resultado directo de la reforma litúrgica que comenzó con el Cuarto Concilio de Letrán (1215) y que en el canon 21 establece el precepto de la recepción anual del sacramento de la Penitencia y de la Eucaristía.

Francisco nos habla de la obligación de los frailes de confesar sus pecados a los hermanos sacerdotes de la Orden, y cuando no haya alguno disponible, a otros sacerdotes de la Iglesia. Es importante el hecho de que una, nuevamente, el sacramento de la Eucaristía al de la Penitencia: “Y, contritos y confesados de este modo, reciban con gran humildad y veneración el Cuerpo y Sangre de nuestro Señor Jesucristo, recordando lo que el Señor dice: *Quien come mi Carne y bebe mi Sangre, tiene vida eterna* (Jn 6,54); y: *haced esto en memoria mía* (Lc 22,19)” (RegNB XX,5).

## 1.7 Carta a toda la Orden

La carta a toda la Orden refleja la situación de la fraternidad franciscana hacia el final de la vida de san Francisco. Esta carta está fechada hacia 1225, y es considerada como el resultado del documento papal *Quia populares tumultus* (del 3 de diciembre de 1224), que autoriza a los Hermanos Menores a celebrar la Eucaristía y el Oficio Divino en sus propios oratorios<sup>4</sup>. Por esta razón, el estilo de la carta es marcadamente litúrgico. La carta habla de un modo particular de dos temas: la Eucaristía y el respeto a la dignidad del sacerdote:

“Así, pues, besándoos los pies y con la caridad que puedo, os suplico a todos vosotros, hermanos, que tributéis toda reverencia y todo el honor, en fin, cuanto os sea posible, al santísimo Cuerpo y Sangre de nuestro Señor Jesucristo, en quien todas las cosas que hay en cielos y tierra han sido pacificadas y reconciliadas con el Dios omnipotente (cf. Col 1,20).

Ruego también en el Señor a todos mis hermanos sacerdotes que son, y serán, y a los que desean ser sacerdotes del Altísimo que, siempre que quieran celebrar la misa, ofrezcan purificados, con pureza y reverencia, el verdadero sacrificio del santísimo Cuerpo y Sangre de nuestro Señor Jesucristo, con intención santa y limpia, y no por cosa alguna terrena ni por temor o amor de hombre alguno, como para agradar a los hombres (cf. Ef 6,6; Col 3,22); sino que toda voluntad, en cuanto puede con la ayuda de la gracia, se dirija a Dios, deseando con ello complacer al solo sumo Señor, porque sólo Él obra ahí como le place; pues como Él mismo dice: *Haced esto en conmemoración mía* (Lc 22,19), si alguno lo hace de otro modo, se convierte en el traidor Judas y *se hace reo del Cuerpo y la Sangre del Señor* (cf. 1Cor 11,27). Recordad, mis hermanos sacerdotes, lo que está escrito respecto de la ley de Moisés: si alguno la transgredía aun sólo materialmente, moría *sin misericordia alguna* por sentencia del Señor (cf. Heb 10,28). *¡Cuánto mayores y peores suplicios merece padecer quien pisotee al Hijo de Dios y tenga por impura la Sangre de la alianza, en la que fue santificado, y ultraje al espíritu de la gracia!* (Heb 10,29). Pues el hombre desprecia, mancha y

---

<sup>4</sup> HONORIUS III, Bull *Quia populares tumultus* (3 December 1224), en *Bullarium Franciscanum* I,20. Una referencia interesante nos es dada por TOMÁS DE ECCLESTON en su Crónica *De Adventu Fratrum Minorum in Angliam* II,10: “Cuando los cuatro hermanos llegaron a Londres... rentaron una casa en Cornhill y construyeron algunas paredes de paja seca, para tener celdas individuales. Vivieron esta vida simple hasta el siguiente verano, sin una capilla propia, ya que no tenían permiso para tener altares y celebrar la misa en sus comunidades”. Traducción libre del original en latin FRATRIS THOMAE VULGU DICTI DE ECCLESTON, *Tractatus de Adventu Fratrum Minorum in Angliam*, (ED. A. G. LITTLE), Manchester 1951.

conculca al Cordero de Dios cuando, como dice el Apóstol, *sin diferenciar* (1Cor 11,29) y discernir el santo pan de Cristo de otros alimentos o ritos, o bien lo come siendo indigno, o bien, aun cuando fuese digno, lo come de manera vana e indigna, siendo así que el Señor dice por el profeta: Maldito el hombre que hace la obra del Señor con hipocresía (cf. Jer 48,10). Y a los sacerdotes que no quieren grabar de veras esto sobre el corazón, los condena, diciendo: *Maldeciré con vuestras bendiciones* (Mal 2,2).

Escuchad, hermanos míos: si la bienaventurada Virgen es tan honrada, como es justo, porque lo llevó en su santísimo seno; si el Bautista se estremece dichoso y no se atreve a palpar la cabeza santa de Dios; si el sepulcro en que yació por algún tiempo es venerado, ¡cuan santo, justo y digno debe ser quien toca con las manos, toma con la boca y el corazón y da a otros no a quien ha de morir, sino al que ha de vivir eternamente y está glorificado y en quien los ángeles desean sumirse en contemplación! (1Pe 1,2).

Considerad vuestra dignidad, hermanos sacerdotes, sed santos, porque Él es santo (cf. Lev 19,2). Y así como os ha honrado el Señor Dios, por razón de este ministerio por encima de todos, así también vosotros, por encima de todos amadle, reverenciadle, y honradle. Miseria grande y miserable flaqueza que, teniéndolo así presente, os podáis preocupar de cosa alguna de este mundo. ¡Tiemble el hombre todo entero, estremézcase el mundo todo, y exulte el cielo cuando Cristo, el Hijo de Dios vivo, se encuentra sobre el altar en manos del sacerdote! ¡Oh celsitud admirable, condescendencia asombrosa! ¡Oh sublime humildad! ¡Oh humilde sublimidad, que el Señor de del mundo universo, Dios e Hijo de Dios, se humilla hasta el punto de esconderse, para nuestra salvación, bajo una pequeña forma de pan!

Mirad hermanos, la humildad de Dios y *derramad ante Él vuestros corazones* (Sal 61,9); humillaos también vosotros, para ser enaltecido por El (cf. 1Pe 5,6; Sant 4,10).

En conclusión: nada de vosotros retengáis para vosotros mismos para que enteros os reciba el que todo entero se os entrega.

Amonesto por eso y exhorto en el Señor, que, en los lugares en que habitan los hermanos, se celebre sólo una misa cada día según la forma de la santa Iglesia. Y si hay en el lugar más sacerdotes, conténtese cada uno, por el amor de la caridad, con oír la celebración de otro sacerdote; porque el Señor Jesucristo colma a los presentes y a los ausentes que de Él son dignos. El cual, aunque se vea que está en muchos lugares, permanece, sin embargo, indivisible y no padece menoscabo alguno, sino que, siendo único en todas partes obra según le place con el Señor Dios Padre y el Espíritu Santo Paráclito por los siglos de los siglos. Amén. Y porque *quien es de Dios escucha las palabras de Dios* (cf. Jn 8,47), por eso, los que más especialmente estamos designados para los divinos Oficios, debemos no sólo escuchar y hacer lo que dice Dios, sino también custodiar los vasos y los demás objetos que sirven para los oficios y que contienen las santas palabras, para que arraigue en nosotros la celsitud de nuestro Creador y en Él nuestra sujeción.

Amonesto por eso a todos mis hermanos y les animo en Cristo a que, donde encuentren palabras divinas escritas, las veneren como puedan, y, por lo que a ellos toca, si no están bien colocadas o en algún lugar están desparramadas indecorosamente por el suelo, las recojan y las repongan en su sitio, honrando al Señor en las palabras que El pronunció. Pues son muchas las cosas que se santifican por medio de las palabras de Dios (cf. 1Tim 4,5) y es en virtud de las palabras de Cristo como se realiza el sacramento del altar” (EpOrd 12-37)”.

El contenido eucarístico de la *Carta a toda la Orden* está entre los más ricos en los escritos de san Francisco. El santo comienza la carta enviando un saludo a todos los hermanos, con el profundo gesto de humildad: “besándoos los pies” (EpOrd 12), de un esclavo frente a su señor. La meta del poverello es motivar a los hermanos a mostrar, por su parte, la misma actitud de humildad y homenaje, hacia el Cuerpo y la Sangre del Señor.

Francisco subraya la dimensión reconciliadora de la Eucaristía. Por medio del Cuerpo y de la Sangre de Cristo, todo el universo queda reconciliado y recupera la paz con Dios. El santo de Asís hace referencia a al cántico de Colosenses (1,12-20), que puede ser considerado como la llave maestra para comprender su cristología; este texto nos indica también el centro de una creación y de una historia que glorifican a Dios Padre. En este cristocentrismo tomado de san Pablo, Francisco habla del poder de la Sangre de Cristo, que no sólo purifica del pecado, sino que también reconcilia al universo con el Creador. La Eucaristía se convierte en la celebración por excelencia de este acto de reconciliación.

Posteriormente, Francisco dirige su atención a los hermanos sacerdotes. Sabemos que aún en vida del santo, la cantidad de hermanos clérigos era relativamente pequeña en la Orden. Sin embargo, Francisco siempre mostró un profundo respeto hacia ellos, por razones que explicaremos más adelante.

Francisco se dirige a los hermanos sacerdotes que celebran la Eucaristía, insistiendo en la actitud moral del sacerdote, quien debe ser “puro” y celebrar la acción litúrgica “con corazón puro”. La moralidad del ministro no sólo está ligada a su estado espiritual y a la purificación ritual frente al Señor, sino que penetra la esfera de sus más profundas intenciones.

Frente a los abusos de sacerdotes que celebraban la Misa sin ningún cuidado de la sacralidad de la acción litúrgica, Francisco insiste en que sus hermanos sacerdotes celebren la Eucaristía “con intención santa y limpia”

(EpOrd 14). Más aún, deben tener cuidado de no celebrar “por cosa alguna terrena ni por temor o amor de hombre alguno, como para agradar a los hombres” (EpOrd 14). Para Francisco, la Misa nunca debe unirse a las necesidades sociales o al ánimo de obtener beneficios económicos (como tristemente sucedía con frecuencia en la Edad Media). El Seráfico padre tuvo un profundo sentido de la sacralidad litúrgica; para él, el sacerdote entra en el ámbito de ese Otro trascendente, que es eminentemente santo; y por lo tanto, siente que nada debe interponerse entre el misterio del Cuerpo y de la Sangre de Cristo y la acción del celebrante. Cualquiera que celebre por otros motivos se convierte en un traidor, como Judas, que entrega a su Maestro por unas cuantas monedas.

Desde la óptica de san Francisco, la celebración de la Eucaristía, cuando no se realiza con una buena intención, se convierte en una profanación del Cuerpo y de la Sangre del Señor. Francisco cita el texto de la carta a los Hebreos (10,28-29), que era el mismo texto utilizado por el Papa Honorio III en su decreto *Sane cum olim* (22 de noviembre de 1219). El pecado de profanación de las especies eucarísticas consiste en la incapacidad de discernir de acuerdo al Espíritu, en no poder distinguir el Cuerpo y la Sangre del Señor de otros alimentos. En otras palabras, consiste en ser indigno de recibir la Eucaristía, o incluso de realizar una celebración poco digna, debido a la carencia de una disposición espiritual que es necesaria. Para Francisco, la falta de respeto hacia la Eucaristía equivale a una falta de fe. El santo de Asís no lo piensa dos veces antes de decir que la misma acción sacerdotal mal celebrada en vez de ser una bendición, se convierte en maldición para quien la realiza. Si confrontamos estas palabras con el testigo que hemos citado en torno a los abusos frecuentes en la celebración de la Eucaristía en la Edad Media, podremos comprender por qué san Francisco está tan preocupado de que sus hermanos no caigan en la trampa de la falta de fe.

La gran dignidad del misterio eucarístico es aún más sublime que los otros signos externos de la presencia del Señor en la historia. Francisco nos habla de las maneras significativas en que el Señor está presente en la historia de la salvación: en el vientre de la Virgen María que lo llevó durante nueve meses, en el santo temor de Juan el Bautista que no se atreve a tocar la cabeza del Señor durante el bautismo; en el santo sepulcro en el cual Cristo reposó, y que se convierte, para Francisco, en un signo vivo de la presencia del Señor resucitado.

El sepulcro era un signo poderoso para la sensibilidad de la alta Edad Media, marcada por el contexto de las cruzadas y la conquista de la Tierra Santa, en la cual Francisco participó de 1219-1220. Algunos historiadores incluso piensan que Francisco visitó personalmente el Santo Sepulcro de Jerusalén. A pesar de todo, de acuerdo al pensamiento de Francisco, el ministerio sacerdotal que consagra el Cuerpo y la Sangre del Señor es aún mayor que todos esos signos externos, ya que el sacerdote toca con sus manos la divina presencia de Cristo, presente en el vino y el pan. Aquí tenemos una fuerte experiencia de fe, que tiene su origen en la experiencia física del contacto real con el Señor durante la acción litúrgica.

Es desde esta profunda fe que Francisco logra hablar de la dignidad del sacerdote. En un himno de alabanza al sacramento de la Eucaristía, Francisco habla de la dignidad del ministerio sacerdotal, que es la forma más solemne en la que el Hijo de Dios quiere manifestar su amor a la humanidad. Por esta razón, el sacerdote es un testigo calificado de la mirada llena de fe que penetra profundamente dentro de la kénosis del Hijo: “Hermanos, miren la humildad de Dios”.

Después de presentar esta forma de tratado místico del misterio eucarístico celebrado por el sacerdote durante la Misa, Francisco nos habla de dos temas que están muy relacionados con lo que hemos dicho: la Misa en fraternidad y el respeto a las divinas Palabras con las cuales el sacerdote consagra el Cuerpo y la Sangre del Señor.

En cuanto a la Misa en fraternidad, Francisco insiste que debe ser celebrada “de acuerdo al rito de la santa Iglesia”. Nos muestra la convicción de estar siempre unido a la Iglesia en un sentido de obediencia filial, aún en los aspectos externos que rigen la celebración litúrgica. Francisco no quiere que sus hermanos celebren la Misa en privado, lo cual era ciertamente común en su tiempo. Al contrario, Francisco pide que sea sólo un hermano sacerdote quien celebre la Misa, mientras que los otros hermanos participan humildemente en la celebración, como los demás hermanos. Estas palabras de Francisco suenan ajenas a lo que prescribía el Misal de Honorio III: “Si hay varios sacerdotes en el mismo lugar, cada uno de ellos puede celebrar la misa en privado” (*Sed si sunt plures sacerdotes in loco, secrete possunt cantare missam quam volunt*). Esta era la práctica común, por ejemplo, de los capellanes del palacio laterano. Parece ser que Francisco quiere para los

hermanos una excensión a esta regla<sup>5</sup>. La motivación que subyace es clara: “conténtese cada uno, por el amor de la caridad, con oír la celebración de otro sacerdote; porque el Señor Jesucristo colma a los presentes y a los ausentes que de Él son dignos”. Parece, por tanto, que la única intención de Francisco es el respeto a la prioridad de la fraternidad, aún en el ámbito de la oración. Ciertamente, también podría haber querido proteger a los hermanos sacerdotes de caer en los abusos de una búsqueda de estipendios por la celebración eucarística. Pero, probablemente, la verdadera razón de las palabras de Francisco radica en que la misma estructura de la vida franciscana pide compartirlo todo, aún el modo de celebrar la Eucaristía.

La consagración de las especies eucarísticas se realiza por medio del poder de la Palabra de Dios. Esta es la razón por la cual Francisco, en varios de sus escritos habla del respeto que los hermanos deben mostrar a la Palabra escrita del Señor, que se convierten en sacramento, en un signo vivo de la presencia del Señor. El lazo entre la Palabra y la Eucaristía es extremadamente fuerte en los escritos de san Francisco, ya que es a través del poder de estas Palabras, que el pan y el vino son *santificados* durante la Misa.

### 1.8 *El Testamento*

Al final de su vida, san Francisco dictó su testamento, en el cual recuerda los temas evangélicos que le eran más queridos. El Testamento es un escrito autobiográfico de gran importancia para conocer la mente y el corazón de Francisco. Aquí proponemos sólo algunos versículos sobre el tema eucarístico para nuestra reflexión:

“Después de esto, el Señor me dio, y me sigue dando, una fe tan grande en los sacerdotes que viven según la norma de la santa Iglesia romana, por su ordenación, que, si me viese perseguido, quiero recurrir a ellos.

Y si tuviese tanta sabiduría como la que tuvo Salomón y me encontrase con algunos probrecillos sacerdotes de este siglo, en las parroquias en que habitan no quiero predicar al margen de su voluntad. Y a estos sacerdotes y a todos los otros quiero temer, amar y honrar como a señores míos. Y no quiero advertir pecado en ellos, porque miro en ellos al Hijo de Dios y son mis señores. Y lo hago por este motivo: porque en este siglo nada veo corporalmente del mismo altísimo

---

<sup>5</sup> Cf. S. J. P. VAN DIJK, *Sources of the Modern Roman Liturgy. The Ordinal of Haymo of Faversham and Related Documents*, (t. 1), Leiden 1963, p. 40-55.

Hijo de Dios sino su santísimo Cuerpo y santísima Sangre, que ellos reciben y solos ellos administran a otros.

Y quiero que estos santísimos misterios sean honrados y venerados por encima de todo y colocados en lugares preciosos. Y los santísimos nombres y sus palabras escritas, donde los encuentre en lugares indebidos, quiero recogerlos, y ruego que se recojan y se coloquen en lugar decoroso” (Test 6-12).

La primera parte del documento es autobiográfico, en él nos narra su experiencia de conversión –penitencia– recordando el episodio de su encuentro con el leproso y la experiencia mística ante el crucifijo de san Damián. Es dentro del contexto de fe que Francisco expresa la presencia de Jesús en todas las Iglesias, del cual la oración del *Adoramus te* es el signo más concreto para reflexionar en el ministerio de los sacerdotes que nos administran el Cuerpo y la Sangre del Señor.

Francisco considera que el sacerdote es un objeto de fe. En la *Admonición 26*, afirmaba “Dichoso el siervo que mantiene la fe en los clérigos que viven verdaderamente según la forma de la Iglesia romana”. Estas palabras, al igual que las del Testamento que hemos citado más arriba, muestran que no todo sacerdote es digno de respeto y de veneración, sino sólo aquellos que viven de acuerdo a la *forma* de la Iglesia romana. Con esta expresión, Francisco indica una actitud muy concreta y no un simple sentido de unidad y fidelidad intelectual a los dogmas o a las leyes eclesiásticas. El sacerdote que vive de acuerdo a la *forma* de la Iglesia romana son aquellos que están en profunda unidad con el Papa y con las indicaciones que emanan de la Curia romana, incluyendo aquellas que marcan la forma de celebrar la liturgia. La prueba de esta afirmación yace en el mismo Testamento, que juzga a aquellos frailes que no quieren rezar el Oficio Divino de la manera en que la Regla lo prescribe. Francisco los compara a personas que no son católicas. El sacerdote que es verdaderamente fiel a las prácticas litúrgicas de la Iglesia, amerita todos los signos de respeto y reverencia de parte de los hermanos.

Entonces Francisco nos presenta los motivos de su forma de pensar. Él admite que un sacerdote puede ser -desde el ámbito externo- un pecador, sin embargo, su persona puede unir a todos a la presencia sacramental del Hijo de Dios. Con tonos que hacen eco de la primera Admonición, Francisco habla de *ver corporalmente* la presencia del Señor en el sacrificio del pan y del vino, que sólo el sacerdote puede santificar durante la celebración de la Misa y sólo ellos pueden distribuir a los demás. Vista así,

la persona del sacerdote se convierte en sacramento que recuerda la presencia real de Jesucristo. Como sabemos, hay muchos episodios de la vida de Francisco que muestran cómo manifestaba él mismo ese gran respeto y veneración por los sacerdotes, aún por aquellos que eran juzgados moralmente indignos, por la simple razón de que pudo comprender el verdadero significado de su sacerdocio.

En continuidad con lo que había escrito en su carta a los clérigos, Francisco pide en su Testamento, que la Eucaristía sea custodiada en lugares dignos (*pretiosis*). El mismo criterio es aplicado a las Palabras escritas de nuestro Señor, que como ya hemos visto, santifican el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

### *1.9 La Paráfrasis del Padre Nuestro*

Estamos ante un texto breve pero significativo, en el cual hay una referencia a la Eucaristía: “El pan nuestro de cada día: tu amado Hijo. Nuestro Señor Jesucristo, dánosle hoy: para que recordemos, comprendamos y veneremos el amor que nos tuvo y cuanto por nosotros dijo, hizo y padeció” (ParPN 6).

San Francisco considera la cuarta petición de la oración del Señor desde una explícita referencia a la Eucaristía. Aquí Francisco sigue la tradición patristica que interpretaba el “pan de cada día” desde el contexto de Jesús el Pan de vida bajado del cielo (cf. Jn 6,51). Es una referencia al memorial y al ofrecimiento del amor de Jesús que se renueva cada día en la celebración de la Misa.

## **CONCLUSIÓN**

Los escritos de san Francisco están llenos de referencias a la Eucaristía, la cual es entendida como el sacrificio del Cuerpo y de la Sangre del Señor. Francisco habla de forma muy concreta en torno al Cuerpo y a la Sangre de Cristo, dirigiendo sus admoniciones y cartas a todos los hermanos de la Orden, a los Custodios, a todos los fieles, y en particular a los hermanos sacerdotes. Francisco dedica todo un capítulo de la Regla no bulada (1221) y una sección de su Testamento para acentuar el respeto tanto al sacramento del Cuerpo y de la Sangre de Cristo, como a los sacerdotes que santifican y celebran los divinos misterios durante la Misa.

Francisco demuestra tener una mirada de fe y de adoración hacia la Eucaristía. Por eso habla de *ver* con nuestros ojos el Cuerpo del Señor, presente en el pan, y su Sangre presente en el vino. Para Francisco, la Eucaristía es un misterio que pasa a través de una experiencia mística de un contacto vivo, en cierto modo, a través del contacto *corporal* con la persona de Cristo. Hay aquí una fuerte analogía entre el misterio de la Encarnación y el de la Eucaristía.

Francisco responde al llamado de la Iglesia, siguiendo las directrices emanadas por el Cuarto Concilio de Letrán, y traduciendo a lo concreto, las disposiciones contenidas en los documentos pontificios, con respecto a la Eucaristía. Francisco quería que sus frailes conocieran lo que la Iglesia de Roma les pedía a ellos, y a todos los cristianos, con respecto al respeto a las normas litúrgicas en la celebración de la Misa y en la forma en que se custodiaban y administraban los sagrados misterios. Por eso, insiste en la limpieza de los altares, de los manteles y los corporales; igualmente, los cálices y copones en los cuales el Cuerpo y la Sangre de Cristo se santifican deben ser de materiales preciosos. Francisco indica a sus hermanos el modo correcto de llevar la Eucaristía y recuerda a los hermanos clérigos que deben ser los primeros en poner ejemplo de fidelidad a los preceptos de la Iglesia, celebrando la Eucaristía no sólo con una disposición moral de pureza y santidad, sino también siendo concientes de no celebrar la Misa por obtener estipendios u ofrendas.

Francisco recuerda a los fieles cristianos los deberes que les corresponden en cuanto a la recepción de los sacramentos de la Penitencia y la Eucaristía. El santo de Asís encuentra un lazo de unión entre la vida de penitencia y conversión y una verdadera fe en la digna recepción del Cuerpo y de la Sangre del Señor.

Igualmente, considera que es su deber dirigirse a los hermanos sacerdotes para recordarles la gran dignidad de su llamada a administrar los divinos misterios. Al mismo tiempo, muestra un gran sentido de amor y respeto hacia aquellos que viven en unión y obediencia con la Iglesia de Roma. Para Francisco, el sacerdote, sea rico, pobre o pecador, es el mediador entre Dios y la humanidad. Francisco considera que las manos del sacerdote son instrumentos sagrados, al igual que el vientre de María que llevó al Salvador. No debemos sorprendernos de que muchos episodios de su vida nos hablen de ese respeto hacia los sacerdotes.